

## LECCION XII.

### PASION DEL MESÍAS.

Reflexión sobre la Pasion.—Oraciones.—Agonía.—Apóstoles dormidos.— Llegada de Judas.—Cumplimiento de las profecías.—Jesús es vendido y entregado.—Es llevado á la casa de Anás y á la de Caifás.—Primer interrogatorio.—Ultrajes hechos á Jesús durante la noche.—Le niega san Pedro.

Hemos visto hasta aquí al Mesías esparciendo por las ciudades y las campiñas el fruto de sus lecciones, la edificación de sus virtudes y el brillo de sus milagros, en una palabra, le hemos visto nacer, obrar, predicar é instruir como Hombre-Dios; réstanos verle padecer y morir como Dios-Hombre, probando su divinidad mas incontestablemente con su muerte que con su vida. Lo que hemos contado de su entrada en el mundo y del ejercicio de su ministerio, asombra á la incredulidad; y lo que vamos á expresar de sus humillaciones y de su cruz, la confunde y desespera.

Debemos, pues, estudiar ahora al hombre, que dijo ser el Hijo y el Enviado de Dios, en el teatro de sus padecimientos y en el altar de su sacrificio, á donde llamamos al fiel para enternecerle y al incrédulo para convencerle. Les presentaremos una Víctima que padece y muere, pero que padece y muere en medio de una multitud de prodigios tan divinos y con un conjunto de circunstancias tan sorprendentes, que el cristiano que la adora encuentra en ellas el mas firme apoyo de su fe, y el incrédulo que la blasfema hallará, si no carece de rectitud, los motivos mas poderosos para volver á creer pronto en la verdad.

Recuérdese únicamente, antes de dar principio á la lectura de los padecimientos y de la muerte del Salvador, que estaba vaticinado en todas las Escrituras que el Cristo seria inmolado á la gloria de Dios, á la salvacion de los hombres y al establecimiento de un nuevo culto, fundado en la divinidad de su persona y en el mérito de su sacrificio. Recordemos tambien que el mismo Jesús durante su vida y hasta el momento de su muerte verificó en su persona, confir-

mándolos circunstanciadamente, todos los oráculos de los antiguos Profetas.

Todo estaba dispuesto para su completo cumplimiento; de parte del eterno Padre que mas de cuatro mil años hacia esperaba una víctima digna de él; de parte del Hijo único que al entrar en el mundo se habia ofrecido á reemplazar los holocaustos insuficientes de la ley de Moisés; de parte del linaje humano que anhelaba su Redentor con tanta frecuencia prometido, vaticinado, figurado y preparado por tantos acontecimientos, y cuya sangre debia reconciliar al cielo con la tierra; finalmente, si nos atrevemos á decirlo, hasta de parte del infierno que habia desencadenado contra el Cristo todas sus potestades.

Habia llegado el instante solemne.

El Salvador se dirigió al huerto de Getsemaní acompañado de sus once Apóstoles. Aquel huerto solitario estaba situado en la falda del monte de los Olivos, separado únicamente de Jerusalem por el valle de Josafat, por el fondo del cual corria el arroyo de Cedron. La distancia del monte á la ciudad no era mas que de mil pasos, de modo que los dias de sábado y en las festividades solemnes podia hacerse este corto viaje sin infringir la ley. La aldea de Getsemaní, donde estaba el huerto, se hallaba situada en la falda del monte, desde el cual se distinguian claramente el templo y la ciudad.

Judas, que le entregaba, sabia que el Salvador acostumbraba retirarse á aquel lugar durante la noche para hacer oracion, de modo que léjos de huir del traidor el Hijo de Dios iba á su encuentro. Aproximándose el momento del combate, dijo á sus discipulos: Sentaos aquí, mientras que yo voy allí y hago oracion: orad tambien vosotros para que no entreis en tentacion. Y dejando en seguida á los demás, tomó consigo á Pedro, á Santiago y á Juan. Cuando estuvo solo con ellos empezó á entregarse á los horrores de su Pasion, y se apoderaron de él el espanto, el tédio, el sinsabor, el abatimiento y la tristeza. Triste está mi alma hasta la muerte, dijo á sus Apóstoles; esperad aquí, y velad conmigo. Y habiendo dado algunos pasos se apartó de ellos á la distancia de un tiro de piedra, y puesto de rodillas hizo esta oracion: Padre mio, apartad de mí, si es posible, este cáliz; sin embargo, que no se haga mi voluntad, sino la vuestra.

Ya se ve el reñido combate que se traba en aquella grande alma. Ser la misma Inocencia, el Hijo único de Dios, el Rey del universo,



y devorar tantos ultrajes y morir en una infame cruz, ¡qué confusión! qué ignominia! pero, salvar á los hombres sus hermanos y satisfacer la justicia de Dios, ¡qué consuelo! qué gloria!

Después de su oración se levantó, vino á sus discípulos, los halló á los tres dormidos, y dijo con suavidad á Pedro: ¿Duermes, Simon? ¿No habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no caigais en la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es débil. Se fué de nuevo segunda vez, y oró diciendo: Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. Y volvió otra vez á dónde estaban sus discípulos, y los halló aun dormidos. Fíad ahora en los hombres para que os consuelen; vos padeceis, y ellos duermen! Y los dejó, y de nuevo fué á orar tercera vez, diciendo las mismas palabras.

Sin embargo, la tristeza, el terror y el sinsabor mortal que siente el Salvador le hunden en una violenta agonía hasta el extremo de brotarle de todas las partes de su cuerpo un sudor de sangre, la cual cae en anchas gotas sobre la tierra, que al punto queda empapada. Entonces bajó un Ángel del cielo para fortalecerle: Jesús acepta la cruz, hace su sacrificio, y sálvase el mundo. Hé aquí cuáles son los consuelos del cielo: no rompen nuestras cruces y alejan la tentación de descender de ellas. Desde este momento en que el Hijo acepta la sentencia dada por el Padre, no se advierte en el Salvador mas que intrepidez y valor, pero un valor modesto y una intrepidez tranquila.

Se acercó, pues, á sus discípulos, y les dijo: Dormid ya y descansad; ved aquí llegada la hora en que el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores. Levantaos, el hombre que me va á entregar se acerca; salgamos á su encuentro.

Y estando aun hablando, hé aquí que se oyó en medio de las tinieblas una gran multitud de gente conducida por Judas. El pérfido habia pedido á los sumos sacerdotes, á los ancianos, á los Escribas y Fariseos una cohorte de soldados y un oficial para mandarlos, y los jefes de las familias sacerdotales, los príncipes del pueblo y los magistrados del templo no se avergonzaron de reunirse con la tropa, á la cual acompañaba una multitud confusa de criados, llevando los unos lanternas y antorchas, y armados de palo los otros. Todo esto se hacia, empero, para que se cumpliera el oráculo del Profeta que habia dicho al hablar del Mesías: Le tratarán como á los malvados y ladrones.

El traidor les habia dado una señal, diciendo: El que yo besare, él mismo es, prendedle y llevadle con precaucion. La señal y el consejo eran dignos de Judas. Luego que llegó, se adelantó hacia Jesús, y le dijo: Dios os guarde, Maestro. Y le besó. El Cordero de Dios no rehusó aquel beso mas doloroso para él que todas las crueldades que padeció durante su Pasión; en vez de tratar al pérfido como lo merecia, mas enternecido de su pérdida que de su crimen, y tratando mas bien de salvarle que de confundirle, le dijo con bondad: Amigo mio, ¿con qué designio has venido? Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?

Estas dulces palabras hubieran ablandado á un tigre y convertido á un malvado ordinario; pero un Apóstol pervertido y sacrilego, ¿qué podia ser sino el mas infame y el mas endurecido de todos los pecadores? Sin embargo, el Salvador era aun libre, pues no convenia que le prendieran por sorpresa, sino porque así lo queria. Se adelantó, pues, hácia la multitud, y les dijo: ¿Á quién buscais? Á Jesús de Nazareth, le respondieron. Yo soy, les dijo Jesús. Luego que el Salvador dijo estas dos palabras: Yo soy, hé aquí que repentinamente cayeron en tierra unos sobre otros los oficiales y los soldados, los criados y los señores, el jefe de la traición y sus secuaces.

Tras una prueba tan sensible del poderio de Jesús no hubieran debido levantarse mas que para implorar de rodillas el perdón de su atentado; pero llegan momentos de castigo en que los pecadores pierden la razón. El que los habia derribado permitió que se levantasen, y les dijo por segunda vez: ¿Á quién buscais? Á Jesús de Nazareth, le respondieron. Con una de sus palabras habia hecho conocer á sus enemigos que solo y sin armas era mas fuerte que una multitud de hombres armados, y después de demostrar de este modo su omnipotencia, les permitió contra su persona lo que nunca les hubiera sido posible sin su permiso. Lanzáronse, pues, contra él y le prendieron.

Conociendo, sin embargo, los Apóstoles lo que debia suceder, dijeron á Jesús: Señor, ¿herimos con espada? Y Simon Pedro que llevaba una espada la desenvainó sin esperar contestación, é hiriendo á un siervo del sumo sacerdote, le cortó la oreja derecha: este siervo se llamaba Malco. Pero Jesús le dijo: Dejad hasta aquí. Y habiendo tocado la oreja del siervo, le curó. Vuelve tu espada á la vaina, añadió dirigiéndose á Pedro; ¿por ventura piensas que no pue-



do rogar á mi Padre, y que no me diera ahora mismo mas de doce legiones de Angeles? Pero si uso de mi poder, ¿cómo se cumplirán las Escrituras de que así conviene que se haga?

Los judíos se apoderaron entonces del Salvador y le ataron; sus Apóstoles habian huido. Lleváronle primero á casa de Anás, suegro de Caifás, el cual era sumo sacerdote de aquel año. Satisfecho Anás de esta deferencia, envió á Jesús sin interrogarle al tribunal de Caifás, pues para completar un gran crimen y consumir una grande injusticia podia sin inquietud fiarse en su yerno. Lleváronle, pues, á casa de Caifás, donde estaban reunidos todos los sacerdotes, los Escribas y los ancianos.

Avergonzado Simon Pedro de su fuga y recobrado algun tanto de su terror, seguía á Jesús desde léjos con otro discípulo. Este, que era conocido del sumo Sacerdote, entró en la casa mientras conducian al Maestro á la sala del Consejo. Pedro se habia quedado fuera de la puerta; el otro discípulo salió, y hablando á la portera, hizo entrar á Pedro en el atrio del sumo Sacerdote. Una multitud tumultuosa de soldados, criados y oficiales estaban allí á la lumbre, porque hacia frio, y se calentaban. Pedro se acercó por su desgracia, se sentó y se puso á calentarse con los demás esperando la resolución del Consejo.

El Salvador habia entrado en la sala donde para juzgarle se hallaban reunidos todos sus enemigos, resueltos á darle muerte; pero como ningun acto de su vida podia dar motivo para condenarle, el sumo Sacerdote le preguntó sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Manifiestamente he hablado al mundo, le respondió Jesús; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo á donde concurren todos los judíos, y nada he hablado en oculto<sup>1</sup>. ¿Por qué me preguntas á mí? Pregunta á los que me han oido; aquí hay personas que saben lo que he dicho.

Esta respuesta llena de mansedumbre y de modestia era digna de la Sabiduría misma que la habia proferido. Un acusado no tiene derecho á deponer en su favor, y si el crimen de que se le acu-

<sup>1</sup> El Salvador enseñó con frecuencia á sus discípulos en particular; sin embargo, pudo decir con verdad que nada habia dicho *en oculto*, porque la doctrina que enseñaba en particular era la misma que predicaba en público; se entiende que era en el fondo la misma que no hacia mas que desarrollar mas en sus conversaciones familiares con sus Apóstoles.

sa es público, fácilmente puede probarse por medio de testigos; pero nunca se tiene razon impunemente contra jueces apasionados. Así pues, luego que dió esta respuesta, un criado que estaba al lado de Jesús le dió una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice? Si he hablado mal, le respondió tranquilamente el Hombre-Dios, da testimonio del mal; mas si he hablado bien, ¿por qué me hieres? Así es como se defiende la inocencia: la humildad no le quita nada de su firmeza, y es noble é intrépida sin dejar de ser respetuosa.

El criado del sumo Pontífice merecia ser castigado severamente, porque importa sobremanera al bien público que se conserve á los acusados toda la libertad necesaria para su completa justificacion; y sin embargo los jueces aprobaron, al menos con su silencio, una accion tan brutal. Lo que habia dicho el Salvador era, empero, tan razonable, que se creyeron obligados á proceder contra él del modo que él mismo acababa de indicarles. Los principes de los sacerdotes y toda la asamblea buscaron, pues, algunos falsos testimonios contra Jesús para darle muerte; pero encontraron pocos que tuviesen al menos apariencia de verdad, aunque mandaron llamar muchos testigos falsos. Finalmente, presentáronse dos que dijeron: Nosotros mismos le hemos oido decir: Puedo destruir el templo de Dios, y reedificarlo en tres dias.

La deposicion era falsa, pues añadia palabras que no habia dicho el Salvador, y les quitaba su sentido natural; pero especialmente no era contraria al acusado, el cual habia dicho al hablar de su cuerpo y al anunciar su muerte y su resurreccion: Puedo destruir este templo, y reedificarlo en tres dias. Aunque hubiesen creido que hablaba del templo de Jerusalem, podíase todo lo mas, no conociéndole á fondo, acusársele de presuncion.

El recurso de los testigos se agotaba ó era peligroso, pues á fuerza de oír á los falsos se exponian á encontrar verídicos. Así lo conoció el sumo Sacerdote, y por esta razon, alzándose en medio de la asamblea, interrogó á Jesús y le dijo: Ya oyes todos los cargos que hacen contra tí, ¿nada tienes que responder? Jesús guardó silencio y no respondió. Pues bien, añadió el sumo Pontífice, en nombre del Dios vivo, á quien representó aquí, te mando que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, bendito sea.

La pregunta era entonces categórica y decisiva; el divino Maestro esperaba esta ocasion para confesar sin embozo la verdad; sa-



bia que iba á costarle la vida , pero debia ser el primer mártir de su Religion , y dar el ejemplo á sus discípulos como igualmente á millones de Mártires. Respondió, pues , sin vacilar : Sí , yo soy el Cristo y el Hijo único de Dios, y aun os digo mas, pronto veréis al Hijo del Hombre sentado á la diestra del Dios omnipotente y venir sobre las nubes del cielo. Entonces el sumo Sacerdote ocultando su alegría bajo la máscara de un dolor hipócrita, y afectando el exterior de un hombre enternecido por los intereses de Dios, rasgó sus vestiduras, diciendo : Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabais de oír la blasfemia, ¿qué os parece? Todos respondieron : Reo es de muerte. El Salvador oyó esta sentencia con tanta calma como valor demostró cuando sufrió sus rigores.

El sumo Sacerdote era un malvado; pero con todo su accion nos enseña que cuando los judíos oían blasfemar rasgaban sus vestiduras, en tanto que vemos cristianos que oyen sin conmoverse las blasfemias de los impíos. Yo no diré que las celebren, porque ¿podrían seguir llamándose cristianos los que así lo hicieran?

La Sinagoga estaba tan sedienta de la sangre de su Mesías , que gustosamente hubiera pasado de la publicacion de la sentencia á su ejecucion ; pero Dios no lo queria, y para que acabasen de cumplirse algunas profecías que aun no se habian verificado, permitió que los príncipes de los sacerdotes y los jefes de Jerusalem advirtiesen que en el estado de dependencia en que se hallaban respecto del magistrado romano, no podían eximirse de impetrar su consentimiento en caso de una sentencia de muerte. Era preciso además asegurarse del pueblo y enconarlo contra Jesús haciéndole ver que era un blasfemo y un impío. Estos preparativos exigían tiempo, y como estaban resueltos á adelantarse á la gran solemnidad pascual que iba á principiar, no podía perderse un momento. Solamente tomaron algunas horas de descanso, y señalaron para la nueva reunion del Consejo la primera hora del día. Todos se retiraron de la sala, y Jesús fué entregado á la custodia de los ministros y criados.

Estos seres degradados hubieran creído que servían mal á sus amos si se hubiesen contentado con custodiar á su pacífico preso; mas juzgando que su deber era ultrajarle, le hicieron padecer todo lo mas atroz que puede imaginarse en hombres sin educacion y sin honor contra un desgraciado que cae en sus manos. Hubo algunos que empezaron á escupirle en el rostro, y otros se mofaban de él y

le maltrataban á golpes. Algunos mas sacrilegamente impíos le tapaban los ojos, y le daban bofetadas en el rostro, y haciendo irrision de sus augustas cualidades de Profeta y de Rey , le decían al herirle : Adivina , Cristo, ¿quién es el que te ha herido? Jesús hubiera podido nombrarlos y anonadarlos , pero sufría mas por su ceguedad que por sus propias penas. Esta escena horrible duró toda la noche : ¿qué discípulo del Señor pasó jamás otra tan cruel?

Lo que puso el colmo á la pena del Hombre-Dios , lo que consideró como el mas doloroso de todos los ultrajes , fué que le negase Pedro, el primero y mas favorecido de sus discípulos, el jefe de sus Apóstoles, mientras de aquella suerte se hallaba á discrecion de sus enemigos.

Pedro estaba sentado fuera en el átrio, donde se calentaba en medio de los soldados y ministros del palacio; salió una criada del sumo Sacerdote , y viéndole que se calentaba , le dijo despues de haberle mirado : Tú tambien estabas con Jesús de Nazareth. Mas él lo negó delante de todos, diciendo : Ni le conozco, ni sé lo que dices. ¡Cómo! Pedro, ¿y hablas tú de esta suerte? Deseando en seguida evitar otra pregunta, se salió fuera delante del atrio, y cantó el gallo. Pero viéndole entonces otra criada , dijo á los que allí estaban : Éste estaba tambien con Jesús de Nazareth. Y poco rato despues, otra le vió y le dijo : Tú tambien eres de ellos.

El terror de Pedro creció con el peligro, y su crimen con su terror. Su primera negacion habia sido una mentira , pero en la segunda añadió el perjurio; negó, pues, segunda vez con juramento diciendo : No conozco tal hombre. Creyeronle al parecer por su juramento, y le permitieron cerca de una hora de descanso, que hubiera podido aprovechar para evadirse; pero Pedro amaba aun á aquel á quien negaba , y no podia resolverse á alejarse de allí. No obstante, uno de los criados del sumo Sacerdote, pariente de aquel á quien Pedro habia cortado la oreja, le dijo : ¿No te ví yo tambien con él en el huerto? Y de allí á poco se acercaron los que estaban en el atrio y dijeron á Pedro : Seguramente que tú tambien eres de ellos, porque te se conoce muy bien en el hablar que eres galileo. Pedro perdió la razon, negó tercera vez, y comenzó á hacer imprecaciones y á jurar que no conocia á tal hombre.

¡ Esclavos del respeto humano, hé aqui lo que sois!

Aun hablaba Pedro cuando el gallo cantó segunda vez, y el Sal-



vador, á quien conducian al atrio, se volvió hácia su discípulo y le miró. Pedro se acordó entonces de la palabra del Señor, como le habia dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces; y saliendo fuera, lloró amargamente. Sus lágrimas no cesaron sino con su vida, y san Jerónimo nos dice que estaban surcadas por ellas sus mejillas.

Los potentados de Jerusalem no estaban satisfechos con haber atormentado al Inocente por manos de una vil canalla, cuya furia habian desencadenado; luego que asomó el dia, acudieron al Consejo para coronar á sangre fria la obra de tinieblas que habian comenzado; y para afectar á los ojos del pueblo un exterior de moderacion y madurez, hicieron repetir al pretendido culpable las confesiones de la noche anterior, y le preguntaron: Si tú eres el Cristo, dínoslo. Él les respondió: Si os lo digo, no me creeréis, y si os pregunto á mi vez en qué señales debe reconocerse segun las Escrituras al Cristo, no me responderéis, ni me pondréis en libertad. Por lo demás el Hijo del hombre estará en adelante sentado en el cielo á la diestra de Dios omnipotente. ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? le dijeron. Jesús respondió: Sí, lo soy. Entonces exclamaron todos como Caifás: ¿Qué necesidad tenemos de mas testimonio, si nosotros mismos lo hemos oido de su boca?

Pronunciada estaba ya la sentencia de muerte, y no faltaba mas que llevar á cabo su ejecucion. Acababan de condenar al Salvador como á un sacrilego que usurpaba la cualidad de Mesías; pero esta acusacion tan grave, segun juzgaba la multitud seducida, no lo era para que causase una profunda impresion en el ánimo de un magistrado gentil, y por lo tanto resolvieron dar á las acusaciones un giro del todo diferente cuando apareciera delante de Pilatos. Ya que Jesús decia ser el Hijo de Dios y el Mesías, arrogábase por consiguiente el título de Rey de los judíos y de competidor del César: este fue el aspecto odioso bajo el cual se propusieron presentar al ministro del Emperador las pretendidas blasfemias de Jesús. Y no perdieron tiempo, pues habiéndose levantado toda la asamblea, condujeron á Jesús atado y lo entregaron en poder del Gobernador.

Viendo entonces Judas que estaba condenado, sintió remordimientos; por desgracia no conoció suficientemente que el mayor de los crímenes á los ojos de un Dios que muere por salvar á los pecadores no era el haberle vendido, sino el haber desconfiado de su mi-

sericordia. Impelido por su arrepentimiento, volvió las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: He pecado entregando la sangre del Justo. Recibiéronle con esa indiferencia cruel que los hombres mas infames reservan siempre para con los malvados cuyos crímenes les son útiles. ¿Qué nos importa? le dijeron; eso es cuenta tuya. Esta lacónica y desdeñosa respuesta acabó de desesperarle, y arrojando el dinero en el templo, se retiró, y fué á ahorcarse con un lazo.

Quedaba por deliberar en qué se emplearia aquel dinero, porque los malvados son á veces escrupulosos en cuanto al bien parecer; recogieron, pues, las monedas de plata y dijeron: No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre. Y compraron con ellas el campo de un alfarero que destinaron para sepultura de los extranjeros. Este campo llevó despues el nombre de *Haceldama*, es decir, campo de sangre, como si los judíos hubieran querido perpetuar el recuerdo de su deicidio. Pero Dios tenia otras miras, queria que se cumplieran estas palabras de un Profeta: Y tomaron las treinta monedas de plata, suma por la cual fue entregado el que los hijos de Israel pusieron á precio, como el Señor me lo ha hecho ver en mi vision <sup>1</sup>.

#### *Oracion y propósito.*

Dios mio, que sois todo amor, ahora veo cuánto me habeis amado; me propongo amaros de todo corazon, ó Dios mio, que padecisteis por mí!

<sup>1</sup> La profecía sigue cumpliéndose actualmente. La emperatriz santa Elena mandó trasladar á Roma la tierra del Campo de sangre, y sirve de cementerio para los peregrinos; se ve cerca de San Pedro, detrás de los edificios del Santo Oficio.